

# LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 2 de

Mayo de 1889

**Precios de Suscripcion.**

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

**REDACCION Y ADMINISTRACION**

Plaza del Sol 5, bajos,  
y calle del Cañon 9, principal.  
**SE PUBLICA LOS JUEVES**

**Puntos de Suscripcion**

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—¿Dónde?—¡Loor al libre-pensamiento!—Comunicacion.—El amor universal.

## ¿DÓNDE?

Hace pocos dias, encontrándome en mi gabinete muy atareada arreglando papeles, me entregaron una tarjeta de «Inés de Leiva,» en la que con letra microscópica, ví escrito lo siguiente: «Le ruego me conceda algunos momentos de atención: ¡sufro tanto!.....»

Son muchos los seres afligidos que vienen á mí en busca de consuelo: así es que aquella petición no me sorprendió, pero sí me conmovió á pesar de estar tan acostumbrada á súplicas semejantes.

Me levanté con presteza y salí al encuentro de Inés, encontrándome con una de esas mujeres que pueden mentir descaradamente ocultando el número de sus años: tal es la flexibilidad de su talle, la frescura de sus labios, el delicado matiz de sus aterciopeladas mejillas, la tersura de su frente, la abundancia exuberante de sus cabellos y el brillo de sus ojos.

Ver á Inés y sentir por ella inmensa simpatía fué obra de un segundo: estreché su diestra entre mis manos y rodeando después con mi brazo su esbelta cintura, la hice entrar en mi aposento y sentarse en un sillón con el tierno cuidado con que se trata á los niños enfermos.

Inés me miró dulcemente exclamando conmovida:

—No me han engañado al decirme que era usted muy cariñosa.

—Sí, con los que sufren, porque los considero de mi propia parentela; más, aunque todos somos hijos de Dios y pertenecemos á la gran familia humana, confieso ingenuamente que á los poderosos y á los felices los conceptúo parientes tan lejanos..... que no siento nada por ellos: hablan un idioma que no entiendo. En cambio, á los desheredados, á los oprimidos, á los que calman su sed con su llanto, me basta verlos para quererlos; me interesa vivamente su infortunio y trato de averiguar por qué sufren, conceptuando que su historia es la mía y su esclavitud mi esclavitud.

Me dice usted en su tarjeta, que sufro mucho: conozco perfectamente que no ha exagerado y espero la relación de sus desgracias, no con la curiosidad y el interés, hasta cierto punto egoísta, del escritor que busca un buen asunto para una novela histórica, no; sus penas me conmovieran y tomaré parte en ellas. ¿Por qué? No lo sé: ¿Nos habremos conocido antes en esa eterna vida del espíritu? ¿Comenzará hoy un afecto nacido quizá de la semejanza de nuestro destino? Inútil es por ahora pretender

averiguar las causas de nuestra mútua simpatía, y digo mútua, porque sus ojos me dicen que yo le inspiro el mismo atractivo sentimiento que usted acaba de inspirarme.

—Es cierto, Muy cierto: tenía de usted las mejores noticias, que, al verla se han confirmado, y yo necesito un sér amigo á quien comunicar mis penas. Le referiré, pues, algunos accidentes de mi vida. Dos veces he contraído nupcias: la primera, la bendición del sacerdote fué para mí una maldición, porque no fui la esposa, sino la *sierva* de mi marido; en cambio, la segunda, me uní á un angel en figura de hombre; he sido tan amada de él como puede serlo una mujer en la tierra: éramos demasiado felices, y la muerte me lo arrebató. Desde que él ha muerto no sé qué pasa por mí: primero creí que le seguiría, porque yo no podía comprender que se pudiera vivir sin el sér adorado; sin embargo, no he muerto, y al ver que lentamente la fuente de mis ojos se ha secado, que transcurren los dias y los meses sin que mi cuerpo se doble como se doblan los lirios azotados por el viento de la tempestad, me pregunto con horror como es que vivo, como no me avergüenzo de sobrevivir al amado de mi corazón. Visito su sepultura, la adorno con ramos de perfumadas flores, y me pongo enferma cuando salgo del cementerio; pero al dia siguiente me levanto consolada y vuelvo á la lucha de la vida. Mi cabeza es un volcan; multitud de ideas bullen en mi cerebro. No sé si por fortuna ó por desgracia llegan á mis oídos palabras amorosas de otro sér que conocí en mi infancia y que siempre me ha querido en silencio. Yo quiero ser fiel á la memoria de mi malogrado esposo; hasta he pensado retirarme á un convento; pero la clausura me inspira miedo y una invencible repugnancia. Movidada por los consejos de algunos amigos libre-pensadores, he leído algunos libros racionalistas, buscando incesantemente algo que me consuele y llene el inmenso vacío de mi alma.

Más como lo que se aprende en la infancia difícilmente se olvida, y á mí me educaron en el seno de la Iglesia católica, seguía postrándome ante mis imágenes predilectas y haciendo á mi confesor depositario de los secretos de mi alma, creyendo firmemente que era un padre espiritual y que, como padre, velaría afanoso por la orfandad de mi espíritu.

—¿Y confiesa usted, muy amenudo?

No: mi propio confesor, hombre de talento, elocuente orador, de agradable figura y mediana edad, me ha dicho más de una vez:—«Inés, eres ingénua y cándida como una niña en su primera confesión, aquí trocamos los papeles, porque en vez de darte mi bendición, yo debia recibirla de tí: no te fatigues en venir, que tus pecados caben todos en el capullo de una rosa.»—Así es que voy á confesar de tarde en tarde. Pero como de cada dia me encuentro más aturdida, como no sé que camino seguir para mi tranquilidad y me creo culpable viviendo después de muerto el amado de mi corazón, y, por otra parte, me han llenado de confusión mis últimas lecturas, haciéndome dudar de todo, he vuelto con cariño mis ojos á las imágenes que adoraba en mi niñez; persuadida que solo en la religión de mis mayores podría encontrar la calma y la paz que tanto necesito. En esta situación de ánimo, ¿á quién podia dirigirme en busca de consejo sino al ministro de Dios, al confesor prudente é ilustrado en quien había depositado mi confianza?

Me fui á encontrarle á la Iglesia y le manifesté que tenia necesidad de hablar con él; que me conceptuaba una oveja descarriada; que leía libros heréticos, acaso con la esperanza de encontrar en ellos la verdad que no hallaba en parte alguna; que desde la muerte de mi esposo recorría el camino de la vida tan sola..... tan desorientada, como en medio de un espantoso desierto; y concluí suplicándole que me hablase de la grandeza de nuestra religión, pues yo no podia vivir sin amar mucho, y queria amar á la Iglesia, que me había tendido sus brazos al nacer.

Mi confesor me miró dulcemente, y me dijo:—«Ahora no tengo tiempo disponible:

en cuanto pueda, iré á tu casa, hablaremos, y entonces sabrás en donde está la verdad.»

No sé por qué me pareció que su voz tenía una inflexión distinta de las otras veces. Volví á mi casa preocupada con el anuncio inesperado de aquella visita, que, en vez de alegrarme, me hizo sentir algo así como una angustia indefinible.

Pasaron unos días. Una tarde, me estremecí oyendo el ruido de un coche que se había parado á la puerta de mi casa, y segundos después entraba mi confesor en el salón. Sentóse en el sofa, hizome sentar á su lado, y mirándome fijamente, me dijo con la mayor dulzura:—Inés, niña querida de mi corazón, (pues para mí siempre serás niña por tu ingenuidad y candor): buscas la verdad; quieres averiguar el secreto de la vida; te encuentras sin sombra desde que perdiste la de tu esposo; tu hogar está vacío y quieres llenarlo con nuevas creencias, á cuyo efecto lees libros racionalistas que te embrollan y confunden. Es natural: ¡qué has de entender tú de las transformaciones de la materia y de las evoluciones del espíritu! Piensas en el claustro, y tiemblas: ¡no has de temblar, si tu alma de fuego no ha nacido para vivir en la soledad helada de una celda! Te crees oveja descarriada por que no has muerto de dolor al perder á tu marido y porque insensiblemente te apartas de su tumba y sientes que tu sér se reanima con las emanaciones de la primavera: ¿cómo quieres oponerte á las leyes de Dios? ¿Tienes acaso tú la culpa de que tu organismo esté animado por la savia fecundante de la juventud y de la vida? Inés, tú deliras, tú vives fuera de la órbita en que estás acostumbrada á vivir, y como viajero perdido en populosa ciudad, no sabes á dónde dirigirte para encontrar cómodo alojamiento. Miras al pasado; en él tu imaginación descubre la torre de la Iglesia donde recibiste el agua del bautismo, y recordando el altar de la Virgen que en el mes de Mayo adornabas de flores, quieres retroceder y postrarte ante la imágen que adorabas en tu infancia. ¡Inútil afán, hija mia!... No se siente lo mismo en la edad madura que en la niñez. Me pides que te hable de la grandeza de la religión para amar á la Iglesia en cuyo seno naciste: vano es tu empeño; todas las religiones, no lo dudes, son los juguetes que entretienen la infancia de las humanidades: cuando éstas llegan á mayor edad, dejan los santos de barro, los templos de piedra; levantan estátuas á la Libertad *iluminando al mundo*; hacen observatorios astronómicos; ensanchan la esfera de su actividad, y sienten por las religiones lo que el hombre por los soldados [de plomo ó los teatros de cartón que le encantaron cuando niño.

—Padre, ¿qué está usted diciendo?

—La verdad, hija mía, la verdad. Tú no necesitas para vivir tranquila ni credos religiosos, ni nuevas filosofías: lo que á tí te hace falta es encontrar un hombre que te quiera y te comprenda como yo te quiero y te comprendo; que te ame como yo te amo hace mucho tiempo, con todo su corazón.

—¿Qué está usted diciendo, padre? Habla usted de una manera que me asusta. No sé si entiendo mal; pero á su lado no me encuentro tan tranquila como otras veces: su mirada no es la del padre que vela por el reposo de su hija.

—Ay, Inés!... harto tiempo; te he ocultado mis sentimientos. Respeté tu dolor cuando me dijiste que tu marido estaba en peligro de muerte; enmudecí cuando volviste á decirme que te habías quedado sola en el mundo; te miré, y al verte con tu manto de luto, con tus ojos enrojecidos por el llanto, con tus mejillas pálidas como el marfil, me pareciste más hermosa y más conmovedora que nunca: tu dolor humano hablaba á mi espíritu con el lenguaje del más puro sentimiento. Desde entonces te llevo fotografiada en mi cerebro, y cuando miro las imágenes de las *Dolorosas*, por más que aquellas representan un dolor divino, no logran conmoverme como tu dolor y tu inmenso desconsuelo. Yo te amo, Inés; yo te amo porque me has de-

jado leer en tu alma sin ocultarme un solo pensamiento. ¡Eres tan buena, tan casta y tan pura!... En tí hay tesoros todavía desconocidos; pues de los dos hombres con quienes te unió la Iglesia, el uno fué un miserable, el otro un sér sencillo, y ninguno de los dos llegó á comprender la grandeza de tu alma y la delicadeza de tus sentimientos. Yo sí, Inés, yo te comprendo. Poseo los secretos más recónditos de muchísimas mujeres que pasan por honradas madres y fieles esposas, y sé que han prostituído su cuerpo al deleite y su alma á la vanidad; y al comparar su hipocresía y las debilidades generales de tu sexo con tu ingénuu sencillez y tu castidad immaculada, te juzgo, Inés, si no perfecta, al menos la más pura y la mejor de las mujeres que conozco. Por esto amo tu alma y anhele la posesión de tu cuerpo; que, en la tierra, la posesión es la realización legítima del amor. Amame, Inés. El mundo me cree sabio: algo sé en realidad, y juro emplear mi sabiduría en hacer de tí la más dichosa de las mujeres de la tierra.

Mi confesor calló, y ya era tiempo, porque me sentía ahogar de confusión y de vergüenza. Le había mirado siempre con el respeto con que se mira á un padre; había escuchado sus sermones con verdadero recogimiento, entreviendo en sus palabras los resplandores del paraíso; conceptuábale superior á los demás hombres, no viendo nunca en él mas que al siervo de Dios, humilde, prudente, contrito, la frente orlada de luminosa aureola y la negra vestidura resplandeciente como la túnica de un santo. ¡Qué cruelísima decepción! El sabio sacerdote se convertía en un seductor vulgar, y su palabra evangélica en declaración amorosa. Al perder para siempre aquel padre espiritual y encontrarme con un hombre apasionado que me hablaba de la posesión de mi cuerpo, sentí tanta repugnancia, inspiróme tal aversión el amor mundano del ungido del Señor, que ocultando mi rostro entre las manos por no verle, exclamé con dolorido acento: ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡quién había de imaginarlo! ¿En dónde me refugiaré?...

—En mis brazos, Inés, en mis brazos,—replicó;—no te asustes de pagar tu tributo á las leyes naturales. Eva y Adán lo pagaron en el paraíso, y si ellos, con haber salido directamente de las manos de Dios, fueron débiles y cayeron; si todas las generaciones humanas que se han sucedido en la tierra han caído como la primera pareja; ¿cómo has de pretender que tú y yo nos sustraigamos á nuestra naturaleza humana?

—Buscaba en usted un puerto,—le dije,—y he encontrado un naufragio: es usted un infame: salga usted inmediatamente de mi casa.

Comprendió perfectamente la indignación de que me hallaba poseída, y como hombre, al fin, de talento, no insistió; levantóse, dirigiéndome una mirada de despecho, y salió del salón pausadamente. El ruido del carruaje que se lo llevaba me pareció el del coche fúnebre llevándose el cadáver de un miembro de mi familia. Mi confesor había muerto para mí. Ya no existía el hombre tolerante y cariñoso, depositario de las confidencias de mi alma. Acababa de perder al que yo creyera mi más desinteresado y fiel amigo, mi más sabio y prudente consejero, el único que podría salvarme del naufragio en el oleaje de la vida.

—¿Dónde reclinaré mi cabeza?—me preguntaba en la orfandad de mi espíritu.—Y esta misma pregunta le dirijo á usted: ¿dónde reclinaré mi cabeza? ¿dónde?

—En usted misma, Inés.

—¿En mí misma?... No lo entiendo.

—Pues es muy sencillo; en su propia razón. A mi juicio, su confesor le ha hecho un bien inmenso.

—¡Un bien, cuando me ha arrancado toda la fe que yo tenía en la religión de mis mayores!

—La fe es el más indigesto de los manjares del alma. La fe es incompatible con la ciencia, como que la primera esclaviza y la segunda redime; ésta muere cuando el espíritu piensa. Las religiones son el látigo con que la tiranía azota la conciencia humana, y el hierro con que fabrica las cadenas de la esclavitud de los pueblos. No recline usted su cabeza en la religión, porque es reclinarla en la esclavitud. Ya ha visto usted que los sacerdotes son hombres como los demás, generalmente peores que los demás, porque condenados á no sentir los goces de la familia, que son los más dulces y los más santos, sus sentimientos se truecan en volcánicos apetitos, en desbordamientos contranaturales que los convierten en mónstruos. Felizmente, de hoy más ya no podrá ser, ya no será usted católica, porque ha conocido el catolicismo por boca de uno de sus más sabios y virtuosos sacerdotes. ¡Ojalá lo conocieran todas las mujeres, que son, por su ignorancia, el sostén del catolicismo y del clero! Y puesto que su padre espiritual ha muerto, busque usted otro consejero más sabio, más desinteresado y más noble.

—¿Dónde hallaré este consejero?

—En el estudio, que es el consejero que la naturaleza ofrece á la criatura racional. Él nos enseña que hay otros mundos además del planeta que habitamos, y otras humanidades que los pueblan, hermanas de la humanidad á que pertenecemos nosotros. Mundos y humanidades, somos los viajeros eternos del espacio. El estudio le dirá que Dios no puede haber creado cielos para los predestinados é infiernos para los réprobos, porque todos somos hijos suyos, y no hay réprobos ni predestinados. El estudio le abrirá nuevos y dilatados horizontes, caminos anchurosos, vías espléndidas sin término.—«¿Dónde reclinaré la cabeza,—pregunta usted,—dónde hallará mi alma la verdad?»—Levante usted su mirada á los astros que surcan los océanos del éter, y ellos le revelarán lo que ninguna religion ha revelado: que la verdad comienza en la libertad y termina en... el infinito!

Amalia Domingo Soler.

---

## ¡LOOR AL LIBRE-PENSAMIENTO!

---

Cuán bella, qué hermosa es la libertad de pensar!

Para demostrar la grandeza de esa preciosa facultad que posee el espíritu, no hay palabras en el idioma humano ni notas en nuestra armonía.

No sentir sobre nuestro cerebro ni sobre nuestra conciencia esa cruel imposición con que muchas escuelas inculcan sus doctrinas; dejar volar nuestro pensamiento por los inconmensurables espacios, ora remontándose al caos de los orígenes, buscando la luz y la armonía en esos grandes focos de *vida*, ante los cuales el sér humano se siente tan pequeño, tan pequeño.... que apenas se percibe á sí mismo; ya hundiéndose en los abismos del dolor entre los espacios inferiores, ora buscando la vitalidad en la planta, en el infusorio etc., ó estudiando las trasformaciones en las diferentes etapas en que nos las presenta nuestro planeta, esto es, en los tres reinos: mineral, vegetal y animal; en una palabra: ser nuestras ideas más libres que el ave y poder volar con más celeridad que aquella, ¡hé ahí lo que significa la hermosa Libertad del Pensamiento!

¡Loor al siglo XIX, que ha erigido templos á tan bello ideal! ¡Loor á los hombres que, como Kardec, Hugo, Flammarion y otros y otros tan ilustrados como los citados, han trabajado sin descanso para libertar al hombre de la esclavitud

moral que ha sufrido desde épocas tan atrasadas, más afrentosa que la esclavitud del siervo negro, y más cruel que las cadenas que sujetan al pobre presidiario.

Y digo esto, porque ni al esclavo negro ni al presidiario ha tiranizado la esclavitud material, como lo ha hecho con el hombre la esclavitud moral de que ha sido víctima.

Por esto hoy, al poder emitir nuestras ideas con libertad, vemos á muchos hombres levantarse como el que despierta de un pesado sueño; más apenas se dan cuenta de la realidad, extienden sus brazos, á fin de unirse en un solo é indivisible círculo todos los que luchan porque brille en todo su esplendor la Libertad del Pensamiento.

Nosotros, pigmeos del infinito, nota perdida en la armonía universal, al considerar que militamos en las filas de tan gran ideal, al pensar que en cada rincón del mundo hay hombres y mujeres que recogen el rayo de luz que brota de mi cerebro, por débil que sea su reflejo, y que á la vez me envuelven en el resplandor que emana del suyo, nos creemos grandes, nos consideramos fuertes y pensamos: *que si las más crueles vicisitudes viniesen sobre nosotros, al recordar que nadie, nadie podría arrebatarnos la libertad de conciencia y de pensamiento, nos creeríamos más felices aún.*

Sin esta facultad preciosa, ¿que es el hombre? juguete de bastardas pasiones, instrumento ciego, que, manejado al antojo de perversos seres, solo lava puede esparcir en los senderos de su vida.

¡Bendita seas, libertad de pensar! ¡Tú trajiste á mi alma la tranquilidad que nunca disfruté, desde que supe formular mis ideas, y digo desde entonces, porque desde mi más temprana edad mi razón se sublevaba contra muchas máximas y costumbres que mi buena madre trataba de inculcar en mi tierno cerebro.

Yo recuerdo perfectamente las luchas que sostenía conmigo misma al pensar, que si desobedecía á mi madre faltaba á la ley de Dios y considerar á la vez, que aquello que debía hacer era precisamente lo que mi razón rechazaba.

Recuerdo aún como se exasperaba mi buena madre ante mi manera de pensar en cuestiones sociales y religiosas, por lo cual mis conocidos decían, que yo había heredado de mi padre que era inglés, el carácter excéntrico, á lo cual mi madre añadía que también había heredado sus ideas religiosas, pues él era protestante; más unas y otras suposiciones, considero yo hoy, que eran infundadas, pues mi Padre dejó de existir cuando yo solo contaba cinco años. Solo en la sabia filosofía espírita, he podido hallar el porqué era yo librepensadora en edad tan temprana, siendo educada por una madre muy católica.

¡Bendita seas, libertad de pensar!

Tu avivaste en mí el deseo de investigar para poder satisfacer las preguntas que yo dirigía á los encargados de mi educación, y los cuales solo contestaban con frases que aumentaban mis dudas.

Tú, más tarde, cuando perdí á mi buena madre, cuando aun no contaba catorce años, y encontréme sola como pocos, pues mis ideas me separaban de la generalidad de mis compañeras, me diste fuerza para luchar sin rendirme jamás ante principios que rechazaba mi razón: y después, después de larga lucha, tu me conduciste á buscar en la filosofía de Kardec, la fé que faltaba á mi alma.

Y bebí en sus salutíferas aguas y recogí sus filosóficas enseñanzas, como el sediento que se siente morir, y cuando hube leído y vuelto á leer sus luminosas páginas, la transformación fué tan grande, que en un solo momento me reconcilié con la sociedad, y escribí en mi conciencia mi credo con caracteres indelébles.

El sentimiento religioso, casi dormido en mi corazón, se despertó, y amé á Dios; no al Dios que me habían pintado en mi infancia, sino al Sér Grande y Sábio de quien el ilustre Kardec nos habla en sus obras. Y le adoré; mas no en las iglesias al lado de las cuales siempre he pasado sin detenerme, mas que para observarlas. Le adoro en su creacion, en su obra, en la cual hay cada vez para el hombre nuevas maravillas.

Y me reconcilé con la sociedad como antes dije, mas no para marchar por sus mismos senderos, no; Lo hice para aprender en ella, y á la vez me propuse esparcir en sus círculos la nueva luz que iluminaba mi cerebro.

Desde entonces, todas mis horas desocupadas las consagré al estudio, y mi corazón latió al dulce sentimiento del amor. Y amé á la humanidad y arranqué de mi alma los ódios que hubiesen podido tener en ella cabida. Y cuando en mis horas de recogimiento, en la callada noche, rodeada de escritos de diversos autores, contemplaba mi pasado y adelantaba mi mirada al porvenir, mas te bendecía ¡oh, dulce y bienhechora Libertad de Pensar! porque sin tí, jamás hubiera disfrutado, ni una hora, de la dicha que he gozado en mi vida.

Todo el bien que yo haya podido esparcir en esta encarnacion de mi espíritu; el dulce sentimiento de amor conyugal, que mantiene en mi hogar inestinguible los lazos de unión; los conocimientos con que se ha robustecido mi alma; todo, todo te lo debo á tí, ¡oh eterna facultad del espíritu! por esto repito; *si las más grandes visitudes viniesen sobre nosotros, al pensar que nadie, nadie podrá arrancarnos la libertad de conciencia y de pensamiento, nos creeríamos que aún habia felicidad para nosotros en la tierra.*

Si tuviésemos bastante talento y elocuencia para dar forma á las ideas que bullen en nuestro cerebro, seríamos incansables en predicar las doctrinas que profesamos convencidos como estamos, que solo ellas levantarán á la mujer del abismo de la ignorancia y que sin esto solo á medias progresa la humanidad; más careciendo de dotes para hacernos atender como deseáramos, nos contentamos con trabajar todo cuanto podamos, á fin de despertar á mis hermanos del peligroso sueño en que yacen.

A muchas, muchas de entre nosotras, solo os falta deseos, amadas compañeras.

No desoigais la voz de la mujer que es llama á trabajar por y para la mujer misma, y tengamos presente, muy presente, *que para engrandecernos, que para sér dignas compañeras del hombre civilizado, tenemos que elevarnos por nuestros propios esfuerzos, tenemos que debernos nuestro progreso á nosotras mismas.*

Ponce, Enero de 1889

Simplicia A. de Ramü.

---

### COMUNICACION

---

Grande, muy grande es en efecto Padre mio tu misericordia; por que les has hecho entrever á estos pobres séres, como á mí, un rayo de luz y un mundo dó existe la realidad, la verdadera vida.

Grande sí, muy grande es el resultado de la idea santa que, debido á innumerables mártires que han sacrificado su vida material, como yo la he dejado ahora, cuyo cuerpo teneis ante vuestra vista, ha llegado la pobre humanidad á comprender que la transicion de la vida á la muerte, no es sino relativamente de la muerte á la vida.

¡Oh! cuán felices sois hermanos míos, y digo felices porque poseéis lo que con toda la materialidad llamada dinero, no es suficiente para facilitaroslo, ¡Oh! Dios mío, que grande eres con la misericordia infinita de tu amor sin límites hacia tus criaturas, pues lo que algún tiempo era muerte, ahora es vida, y lo que dolor, es un manantial de alegría.

Alegraos hermanos míos, los que habeis sido mis padres durante mi paso sobre la tierra, ¡oh! planeta de iniquidad, de tristeza y de dolor que aun estás envuelto en el negro manto de la ignorancia, sí, la ignorancia que es la madre del atraso planetario. Y tu, viajero incansable, destello purísimo de Dios, ángel tutelar del que llora y gime, aurora salvadora del pobre naufrago que camina á merced de las oleadas del gran Océano de las misérias humanas, tu eres, sí, el único, que apesar de los grandes obstáculos puestos por los espíritus pertinaces en su atraso, siempre adelantas con paso agigantado con el único fin de allegar los elementos indispensables para la vida de aquellos seres que yacen en medio de la desesperacion y creyendo serian relegados al olvido, no olvidaban que les esperaba un padre amoroso que les ama y tiene sus brazos abiertos para todos sus hijos, y les faltaba la fuerza de la fé para proseguir por el camino que les habia de conducir hacia el Padre; pero al llegar á las tristes moradas de estos pobres seres, unos te han mirado con indiferencia, otros con desden y, otros, en fin, y estos son los menos, te han agasajado, te han envuelto con sus brazos abiertos llenándote de besos la frente por que han visto en tí su salvador, indicándoles que no hay mas que un Padre universal, dándole el nombre de vida positiva. ¡Oh! hermanos míos, seguid, tomad lo que este viajero os otorga, saciaos para recobrar las fuerzas, y siguiéndole por el camino que os trazaré podreis llegar donde está la felicidad que tanto apeteceis, y entonces podreis dar la última despedida á este planeta cuya condición miserable os abrumaria sin este viajero sublime que se presenta en vuestros momentos de aflicción y angustias y cuyo nombre es..... El Espiritismo.

El que ha sido vuestro hijo en la tierra, os dirige este consejo. Adios.

*El Medium* C. B.

## EL AMOR UNIVERSAL

### CENTRO ESPIRITA

*Instalado actualmente en Almería, calle de Barceló, núm. 6, invita á sus hermanos en creencias, de todo el Globo, á que se adhieran á figurar en la estadística que anualmente publicará con fecha 1.º de Abril, en conmemoracion de la libertad del maestro Kardec, que tuvo lugar el 31 de Marzo de 1869. (1)*

#### Forma de la papeleta de adhesion

Nombres.	FECHA DEL NACIMIENTO			RESIDENCIA ACTUAL		Profesion	Estado
	Dia.	Mes.	Año.	Pueblo	Provincia		

NOTA.—Las personas que no hayan cumplido 20 años, ni sepan firmar, figurarán sin número, hasta llenar estos requisitos.

Dirección, á los auxiliares José N. Miras, ó Antonio Gonzalez Rándo: los mismos darán lecciones teóricas y prácticas «gratis» de espiritismo, los Domingos y Jueves de cada semana, á las ocho de la noche, y desde 1.º de Abril próximo, los dias pares de cada mes, á la hora expresada.

OTRA. El número de cada Sócio, se adjudicará por los auxiliares, con arreglo á la llegada á sus manos de las papeletas de adhesión.

¡Hacer propaganda!

Y mandar adhesiones colectivas.

(1) Este año se publicará la estadística á fines de Junio.